

DIOS, PÁTRIA Y REY



PUNTOS DE SUSCRICION.

Administracion, Redaccion é Imprenta de EL CUARTEL REAL, calle de la Rondilla, núm. 8, TOLOSA. EN ESTELLA, calle de Zapaterias, núm. 19, y en todos los puntos donde hay corresponsales autorizados de este periódico. EXTRANJERO, D. Carlos Cabañero, rue Lormand, 19, BAYONNE.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LAS PROVINCIAS VASCAS: DIEZ Y SEIS reales tres meses; TREINTA semestre, y CINCUENTA un año. EN EL EXTRANJERO: OCHO francos el trimestre y VEINTE Y OCHO un año. Un paquete de 25 ejemplares CINCO reales. No se devuelven los manuscritos que se remitan a esta Redaccion, ni se publican poesias.

EL CUARTEL REAL.

SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro señor (que Dios guarde) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército.

S. M. la Reina y sus augustos hijos continúan también sin novedad en su importante salud.

ESPAÑOLES:

La Revolucion, que vive de la mentira, al proclamar Rey de España á un Príncipe de Mi familia, pretende absurdas reconciliaciones con la Monarquía y la Legitimidad.

La Legitimidad soy Yo; Yo soy el representante de la Monarquía en España.

Y porque lo soy, rechacé con soberana enérgia las proposiciones indignas que los revolucionarios de Setiembre osaron presentarme ántes de consumir su obra de deslealtad nefanda.

Desde entónces sabe la Revolucion que Yo no puedo ser su Rey.

Jefe de la augusta familia de Borbon en España, contemplo con honda pena la actitud de Mi primo Alfonso, que, en la inexperiencia propia de su edad, consiente ser instrumento de aquellos mismos que á la vez que á su madre le arrojaron de su Pátria entre la bfa y el escarnio.

Sin embargo, no protesto, que ni mi dignidad ni la dignidad de mi ejército permiten otro género de protestas que las formuladas con elocuencia irresistible por la boca de nuestros cañones.

La proclamacion del príncipe Alfonso, lejos de cerrarme las puertas de Madrid, ábreme, por el contrario, el camino á la restauracion de nuestra Patria queri-

da. Porque no impunemente se ataca la altivez española por un nuevo acto de pretorianismo; porque no en vano se hallan armados mis invencibles voluntarios; porque los que supieron vencer en Eraul y Alpens y Montejurra y en Castellfollit y en Somorrostro, y han sabido vencer en Abárzuza y en Castellon y en Cardona y en Urnieta, sabrán evitar una nueva vergüenza á la magnánima España y un nuevo escándalo á la Europa civilizada.

Llamado á matar la Revolucion en nuestra Pátria, la mataré, bien ostente la ferocidad salvaje de la impiedad más descarada, bien se oculte y se envuelva en el manto hipócrita de simulada piedad.

¡Españoles!

¡Por nuestro Dios! ¡por nuestra España! Yo os juro que, fiel á Mi santa mision, sostendré sin mancilla en Mis manos nuestra gloriosa bandera. Ella simboliza los salvadores principios que son hoy nuestra esperanza y serán mañana nuestra felicidad más colmada.

Vuestro Rey, CARLOS.

De Mi Cuartel Real en Deva á 6 de Enero de 1875.

SECCION NO OFICIAL.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

DURANGO 8, á las 5,18 tarde.

El corresponsal al Director de EL CUARTEL REAL.

El comandante general de Vizcaya ha dirigido el siguiente telegrama desde Arrigorriaga:

«La columna enemiga de Medina, al saber se construian trincheras en Valmaseda, avanzó hasta una legua cerca de este punto, para impedirlo; pero interponiéndose el batallon As-

turiano, le contuvo, dando lugar á que avanzasen cuatro compañías de Munguía y la partida volante de las Encarnaciones, consiguiendo hacerles retirar, y cogiéndoles dentro de una casa un oficial y treinta y cuatro soldados prisioneros, y además treinta y dos fusiles y dos mulas de brigada con cartuchos. Nuestras pérdidas, un oficial de Asturias y un soldado de Munguía muertos, y dos heridos.»

DURANGO 8, á las 7,30 noche.

El corresponsal al Director de EL CUARTEL REAL.

El general Mogrovejo ha llegado aquí esta tarde. S. M., que tanto se había interesado por su salud, ha salido á recibirle al camino de Ermita, y montado en su coche, lo ha acompañado hasta la casa donde se aloja.

El general ha llegado en muy buen estado de salud, y su herida puede darse por completamente curada.

DURANGO 8, á las 10,40 noche.

El corresponsal al Director de EL CUARTEL REAL.

Segun telegrama oficial que acaba de recibirse, el batallon cazadores de Alba de Tormes se ha sublevado en Sos contra el gobierno de D. Alfonso.

EL CIRIO.

No se necesita ser un lince para adivinar el arma de que en adelante se valdrán nuestros enemigos para combatirnos.

Cuando á uno de los hijos del progreso moderno se le ocurrió la peregrina idea de que la aguja, en vez de ser un sencillo instrumento de sastrería, podría convertirse en un eficaz instrumento de guerra, el mundo entero dió un grito de espanto. Es que apareció á sus ojos el fusil de aguja, y nadie dejó de comprender que se trataba de que los hombres se sentáran recíprocamente las costuras con una violencia hasta entónces desconocida.

Más tarde imaginó un prusiano que la facultad dada á un fusil, por medio de una aguja, de matar hombres como se matan hormigas, podría aplicarse fácilmente al cañon, y á fuerza de dar vueltas caritativas y humanitarias al rededor de semejante idea, llegó á presentarse á los nuevamente espantados ojos del pobre género humano el formidable cañon Krupp.

¡El fusil aguja y el cañon Krupp! Hé aqui las dos

armas terribles con las cuales pensó la revolución española aniquilar á los carlistas, no bien se les ocurriese probar fortuna en los campos de batalla.

Pero los carlistas tuvieron la ocurrencia de oponer al fusil del enemigo su propio fusil, y al cañón Krupp la zanja. Y hé ahí cómo se desvanecieron las esperanzas que la revolución fundaba en la eficacia de sus armas irresistibles.

Visto su completo fracaso en este progreso moderno, que tiene por fin inmediato degollar buena mente á los hijos de Adán, la revolución, siempre astuta é incansable, ha determinado dar un enorme paso atrás, y renunciando el apoyo de esas armas mortíferas, apela á aquella que ha sido constantemente objeto de su odio y de su persecucion.

Esta arma es el cirio.

El cirio, sí; el cirio en cuya virtud esperamos ver muy pronto á *La Epoca* y á *La Correspondencia de España* convertidos en verdaderos devocionarios; el cirio empuñado por Cánovas y Romero Robledo, capaces en la ocasion presente de vestir el sayal del ermitaño y de cubrir su cabeza con humilde ceniza pidiendo á los carlistas, en nombre de todos los santos de la corte celestial, que rindan sus armas á los piés del jóven príncipe, que se propone ser más católico que el Papa... y más liberal que Riego.

Como si lo viéramos. En los consejos de ministros de la gente gubernamental de Madrid no se tratará de acumular elementos de guerra para vencernos. ¿De dónde los han de sacar, si ahora los necesitan casi todos para estar en guardia contra los radicales y republicanos? No: se tratará pura y exclusivamente de la Religion, del Papa, de los Obispos, del clero.

—Hay que hacer un esfuerzo, dirán aquellos hábiles lagartos, para tranquilizar las conciencias timoratas. Está visto que contra los carlistas el fusil Remington es la carabina de Ambrosio, y el cañón Krupp poco ménos que un cañón de chimenea. ¡Empuñemos el cirio, y si logramos, por ventura, pescar un Obispo que nos quiera servir hasta de ministro de Gracia y Justicia.—¡Dios poderoso!—¡con qué inmenso placer le recibiríamos, sin perjuicio de ahorcarle al día siguiente de restablecida la paz! Que el Papa nos bendiga; que los Obispos nos feliciten; que los curas nos ayuden; que los conventos se abran, y echando por delante de nosotros al Papa, á los Obispos, á los curas y á las monjas, ¿cómo se atreverán á resistir nuestro empuje los carlistas?

Así hablarán en sus conciliábulos los prohombres del alfonsismo. Nos parece estarlos oyendo: pero, también nos parece ver á los partidos setembrinos ir formando una nueva coalicion liberal, con el pretexto de nuevos Claret y sor Patrocinio, y, sobre todo, estamos viendo con nuestros propios ojos á los carlistas reirse á mandíbulas batientes del compungido rostro de Romero Robledo y de Cánovas en esta procesion de disciplinantes de carnaval, á quienes el sentido comun les dirá con el acento de la burla:

—Bien se conoce que no tienen Vds. costumbre de coger el cirio; lo llevan Vds. como podrian llevar el arco de un gran instrumento de cuerda, cuyo uso se aplica generalmente á los mentecatos.

EL PRESIDIO SUELTO.

Finalizaba el primer tercio del presente siglo; España habia sido feliz é independiente bajo el cetro de cien Reyes descendientes de Pelayo, que gobernaban en nombre de Dios. Durante siglos enteros el pueblo, resignado y contento, habia trabajado y vivido honradamente, convencido de que si el camino en que le habia puesto la Providencia era el más amargo, era también el más seguro para llegar al cielo. Los mismos monarcas inclinaban su frente ante

el Dios de los humildes; los aristócratas y poderosos se decian administradores de los bienes del pobre, al cual llamaban democráticamente *hermano*; los ministros del Señor, con la palabra y con el ejemplo, contribuian á la general armonía, predicando respeto á la autoridad, que emana de Dios, caridad con los pequeños, amor á todos, sumision á los divinos preceptos de Aquel que murió en una cruz y dijo: *¡Bienaventurados los que lloran!*

El demonio de la discordia vino á turbar tanta paz y ventura tanta. Luzbel, el primer insurrecto del mundo, buscó la parte frágil de la sociedad que habia de secundar su grito. Esta parte frágil, esta Eva que habia de presentar como exquisita la manzana del árbol prohibido á los demás Adanes prometiéndoles un Paraíso terrenal, estaba preparada. Era la falange de descontentos que siempre hubo, hay y habrá para perdicion del mundo. El abogado sin pleitos, el poeta silbado, el escritor no leído, el médico sin enfermos, el autor de comedias no representadas, el estudiante reprobado; esa turba, en fin, de génios no comprendidos que, condenados á presidio moral en medio de la sociedad, no habian podido jamás asaltar las elevadas murallas del desprecio público, eran materia dispuesta para el designio infernal, como la podrida yesca lo es para el fuego. Tras de ese estado mayor, que se reservaba la direccion de la compañía que tenia por objeto incendiar á la pátria, estaban dispuestos á seguir los batallones de necios, vagos, malvados y descontentos.

«Pueblo: ¡viva la libertad!—dijeron.—¡Rompe tus cadenas, pueblo, y deja ya de ser esclavo! Emancípate de los reyes, de los nobles y de los curas. No hay más ley que tu voluntad. ¡Tú eres soberano, pueblo! Revindica el cetro que te has dejado usurpar. Desoye á los que todavía te explotan diciéndote que la autoridad viene de Dios. ¡Abajo el derecho divino! Dios no se mete en las cosas de los hombres. Todos los hombres somos iguales. El derecho nace de la ley, y la ley la hacen los hombres en nombre del pueblo-rey. Tú harás en adelante tu constitucion á tu gusto y capricho, y ante ella se inclinarán chicos y grandes, y en nombre de la constitucion gobernará aquel á quien, no la herencia ni el derecho, sino la voluntad nacional designe. ¡Abajo el absolutismo! ¡Viva la constitucion! ¡Viva el pueblo libre! ¡Viva la soberanía popular! ¡Viva la libertad!...»

El grito ya lanzado, la insurreccion estaba comenzada. El presidio estaba suelto. La sociedad hubiera podido defenderse; pero hubo una princesa que, codiciosa del trono que no la pertenecia, se prestó á perdonar su rebelion al populache, á cambio de la usurpacion del mando real. Entonces comenzó la serie de lamentables equivocaciones y demás lamentables motines que trajeron el naufragio de la monarquía en 1868. El pueblo, siguiendo siempre las inspiraciones del demonio ó del presidio suelto que le habia emancipado, y juzgándose dueño de sus destinos, despidió á su soberana, creada á su imagen y semejanza, para comenzar la gloriosa revolucion que habia de aumentar la suma de libertad y la felicidad pública.

El grito de rebelion habia germinado. El pueblo, que antes se habia abandonado á algunos descontentos y revoltosos que se apellidaban sus salvadores y regeneradores para librarse de sus antiguos tiranos, pretendia despues de 1868, y pretende, siguiendo las leyes del progreso y de la lógica, emanciparse de los caciques que le explotan.

El pueblo quiere ser libre de veras. Harto de miseria, harto de trabajo, harto de revoluciones en que él pierde su sangre y los otros ganan empleos, harto de programas que nunca se cumplen, harto de char-

latanes que siempre le hacen traicion, y sediento de placeres y de venganzas, aspira á realizar una vez, si no mentiras, el ideal que otros le han enseñado. El pueblo sabe de memoria cómo se hacen los motines, las revoluciones y las leyes: él las hará sin necesidad de nadie que luego las aproveche y extravíe. Hasta aquí ha sido esclavo de unos ó de otros. En adelante quiere ser amo y señor de sus destinos. Si no hay Dios para unos, no lo habrá tampoco para otros. La cuerda, ó tirarla para todos, ó para ninguno. Nuestros caciques, apenas llegados á los ministerios, gritan que ya hay bastante libertad. Lo que es un bosque para el jilguero, no es más que una jaula para el águila. «¡Mas libertad!» pide el pueblo; y ¡ay de los que resistan! porque él está ya en el secreto de su fuerza.

Los caciques han atropellado por encima de los reyes, de los grandes y de los sacerdotes. El pueblo quiere pasar por encima de los caciques.

Estos han confiscado y vendido los bienes del clero y de los conventos; el pueblo venderá los de aquellos que, so capa de libertad, se han enriquecido á costa del pueblo mismo. Los caciques han negado la moral católica; el pueblo niega la moral de los caciques. Una sola cosa solamente pudiera detener al pueblo; su propio interés. Pero el pueblo es pobre y desheredado, y en esta lucha tiene mucho que ganar y nada puede perder. Mientras quede un solo palacio, el pueblo luchará para arrasarlo, á fin de que no salga de sus filas un traidor que haga de él una fortaleza para imponérsele y volverle á la servidumbre.

La cadena de los motines y de las revoluciones no se ha terminado en España. El presidio de los malvados y de los descontentos está desatado todavía. Un rey constitucional salido del voto de los presidiarios no cambia nada á la gravedad de la situacion.

El Rey de España, Carlos VII, solamente puede volverlo á cerrar, y lo cerrará.

EL DINERO.

Hay muchas gentes que no pueden creer en el triunfo definitivo del partido legitimista, por una razon que ellos creen inconcusa, suprema, perentoria.

El partido carlista no tiene dinero, y sin dinero no es posible hacer nada en el siglo XIX.

A esto podríamos oponer un dilema, que no tiene salida.

Verbi gracia:

El partido carlista ha organizado en año y medio ejércitos numerosos, ha establecido maestranzas, ha creado tribunales, universidades, academias, etc., y domina casi en absoluto en algunas provincias de España.

Luego:

O el partido carlista tiene dinero,

O no se necesita dinero para hacer grandes cosas en el siglo XIX.

Todos los hombres que se la echan de prácticos saben de memoria que un hombre ilustre dijo en cierta ocasion, que para hacer la guerra se necesitaba dinero, dinero, y más dinero: ó esta frase no quiere decir lo que dice, ó significa que un ejército beligerante no necesita para vencer á su adversario tener razon, valor, pericia y constancia; le basta con tener dinero.

Aquí se echa de ver que los hombres prácticos incurren en las mismas ó mayores exageraciones que los hombres de imaginacion.

El dinero es seguramente el primero de los elementos accesorios de la guerra; pero los elementos principales no pueden someterse á peso, número y medida. El génio de Hernán Cortés pesó mucho más en los destinos de la guerra de Méjico que el oro de Motezuma. Napoleon hizo su fabulosa campaña de Italia con soldados hambrientos y desnudos. Francia, á pesar de ser mucho más rica que Prusia, fué aplastada por esta en pocos meses, en la última guerra. El liberalismo, aliado á los judíos por afinidad de origen, intenta en vano dar á estos el imperio del mundo metalizando el espíritu humano. Con el dinero se pueden comprar brazos, cañones y conciencias; el dinero es capaz de hacer fermentar todos los egoísmos, á fin de que estos opongan á la marcha del bien la dura resistencia de la inercia; con el dinero, viéndolo estamos, se puede organizar una vasta conspiración contra la verdad, oponiéndola en todas partes la confiscación y la cárcel, ó desencadenando contra ella las pasiones de la canalla; pero desafiamos á todos los banqueros del mundo á crear con sus tesoros una sola partícula de honor, de heroísmo y de constancia, y dejamos al criterio de toda persona sensata si es posible llevar á cabo ninguna grande empresa militar sin alguno de estos tres elementos absolutamente refractarios á las viles sugerencias del oro. Aun en el terreno del mal el poder del dinero es limitado, y llegan épocas vengadoras en las cuales los judíos tienen que soltarlo á latigazos y besando la ruda mano que los desuella. Un soldado de fortuna puede en ciertos períodos de perturbación llegar al imperio: esto se ha visto muchas veces. Pero hasta ahora no se ha dado el caso de que ningún judío haya podido abrirse paso hasta el sólio. Hace diez y siete siglos, Didio Juliano, que era sin duda de la raza, compró á los pretorianos del Serrano de entonces el imperio romano; pero un legionario de brazo duro le arrojó á puntapiés ántes de que llegara á vestir la púrpura.

Que el partido carlista es pobre, no hay para qué negarlo. ¡Cuánta pluma alquilona que hoy le calumnia, le estaría mareando con su incienso si fuera rico! No se vería ciertamente España bajo el yugo mortificante de los Romero Robledo y Ducazcal, si al paso que tenemos la razón y el derecho, tuviéramos también una paga que ofrecer á los infinitos que nos combaten activa ó pasivamente, porque han puesto su conciencia al servicio del pan nuestro de cada día. ¡Qué de vilezas, qué de ignominias podríamos sacar á la vergüenza pública si nos fuera lícito levantar el velo de las negociaciones secretas y de las correspondencias privadas! ¡Cuántos bordados, cuántos galones, cuántos entorchados se pondrían de color de púrpura si el oro no fuese tan mal conductor de la vergüenza! Dicen que Serrano y sus acólitos no tenían bandera. ¡Pues no la habían de tener! ¡La paga! Su inverosímil dominación no tiene otra razón de ser. Una semana de atraso en la paga, equivalía para ellos á una derrota. Lo mismo sucede á los que hoy gobiernan. El día en que falte la paga, sus cien cañones se quedarán sin voz, y las infinitas conciencias narcotizadas por ella se sentirán de repente atacadas de rubor y de remordimiento.

Esto no quiere decir que el partido carlista no tenga otra paga mejor que dar que la de los liberales. Esta paga consiste en poder llevar alta la frente, en sentirse uno contento de sí propio, y en respirar la brisa vivificante del honor. Nuestros oficiales estiman más este sueldo que todo lo que puedan contener los sótanos del Banco de España: corto era el que tenían, y han ofrecido voluntariamente la mitad para

adquirir cañones. Pero la ciencia moderna ha introducido en el arte de la guerra hábitos de fausto y de despilfarro, que hacen del dinero la primera de las necesidades accesorias de toda campaña. Si se considera que hay cañonazos que cuestan hoy casi tanto como la paga mensual de un capitán, nadie podrá extrañar que las necesidades del partido carlista, á la altura en que hoy se encuentra, no puedan nivelarse con sus recursos ordinarios. Pues bien: si los infinitos que dicen que son carlistas del Ebro allá, y los más infinitos aún que lo son sin decirlo, quisieran poner en armonía sus obras con sus ideas, la guerra pudiera ser mucho más breve, y por consiguiente mucho menos costosa para España.

Sabemos que el interés es muy sofisticado, y que lo último que el hombre sacrifica á sus convicciones es su bolsa.—De buena gana—dirán muchos carlistas para sí—contribuiríamos con tal suma á la causa de la restauración; pero sobre que esta cantidad no adelantaría ni poco ni mucho el tesoro carlista, ¿cómo nos hemos de arreglar para hacerlo llegar á su destino? ¿Quién nos garantiza de la honradez de la persona á quien la entregamos? Por otro lado, si queremos hacer un sacrificio colectivo, ¿cómo evitamos el riesgo seguro de que el asunto se haga público y vayamos á dar con nuestros huesos en la cárcel?

Para no perder el tiempo, á estas preguntas opondremos otra, que nos parece perentoria. Héla aquí. Si la adquisición de una finca productiva que viniese á aumentar la hacienda de estos señores dependiese exclusivamente de que ellos consiguieran hacer llegar una suma determinada á manos del Rey ó de su gobierno, ¿se quedarían sin la finca por la imposibilidad de cumplir este requisito?

Que conteste su conciencia por nosotros.

Pues bien: lo que ellos harían sin género de duda *pro domo sua*, que lo hagan por su Religión, por su patria y por su Rey; en la inteligencia de que por cada duro que ellos escatimen á la causa del bien, les ha de sacar ciento el diablo ó la revolución, que es lo mismo. Por más que nosotros los supongamos animados de excelentes deseos, no hay que olvidar que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

CORRESPONDENCIAS.

FRONTERA DE FRANCIA 6 de Enero.

Sr. Director de EL CUARTEL REAL.

La calaverada de los alfonsinos es objeto constante todavía de todas las conversaciones. Una de las cosas que rompen la monótona alegría de esos ayer caídos cesantes y hoy intransigentes perdonavidas, es la sonrisita de satisfacción de la colonia carlista. Ahora, como siempre, todas las personalidades se han inclinado ante el éxito, y el éxito esta vez ha estado, al parecer, de parte de los alfonsinos; todos, menos los carlistas, más rehacios, más impenitentes y más contentos que nunca. Lo cual ahoga en flor el titulado triunfo de los partidarios del hijo de doña Isabel.

Dichos inaguantables vividores y liberales sujetos llevan su liberalidad, su benevolencia y su magnanimidad hasta perdonarnos la vida á los carlistas, y otorgarnos desde luego amplia y general amnistía por todos nuestros pecados, con sola una condición: que depongamos las armas *por ser vos quien sois*, y sin chistar les dejemos gozar en paz de su conquistado presupuesto. Tan grandes hombres no merecen menos de unos pobrecillos tales como nosotros.

Mas es el caso que á los tres ó cuatro días de bañarse en agua rosada, figurándose que así había de ser, esos muy astutos señores han llegado á averiguar, no sé por quién, que así no será, y que los carlistas piensan lo mismo en D. Alfonso que en el Preste Juan, por lo cual se harán el sordo sobre todo lo pasado, y esperarán á los guapos que han de

forzar los pasos de Urnieta y el Carrascal. Y aquí, digo, ha empezado Cristo á padecer, y los alfonsinos á bajar la cabecita.

—¿Cómo! exclaman fuera de sí: ¿serán capaces los carlistas de no temblar ante nosotros?

—Sí, señor, responde el sentido común.

—¿Qué pien-an ganar esos fanáticos en sus montañas? ¿Dinero? Nosotros se lo ofrecemos. ¿Empleos? También se los concedemos. ¿Grados, honores? Les reconocemos desde luego todos los que tienen. Iremos todo lo lejos que se pueda ir en la conciliación. Les daremos la paz...

—Ni la paz ni la caridad de Vds., responde siempre el sentido común en nombre de los carlistas.

Y este es, repito, el contrapeso del entusiasmo alfonsino, la pesadilla que ahoga su gozo.

Cuando hablo de entusiasmo y de contento alfonsino, pudiera añadir que en Bayona ha habido más que en cualquiera población de España, á juzgar por las noticias que se reciben.

Todo el mundo, á propósito de la frialdad general en Madrid y en provincias ante la insurrección alfonsina, recuerda el hielo con que, en idéntica época, nació la candidatura de D. Amadeo.

Frio en la atmósfera y en el alma frío, malograron aquel retoño de la casa de Saboya. A falta de calor en los corazones, se agostará también, y pronto, ese temprano revolucionario vástago que ahora brota de un motin. Este desgraciado príncipe es llamado por los revolucionarios para que les sirva de bandera, á condición—¡qué condición!—que no ha de venir con su padre ni con su madre, según de público se dice. Y ¿qué hará ese futuro monarca democrático de diez y seis años, solo, metido en un grande, inmenso, vacío palacio, rodeado de los ministros que empujaron al abismo á su madre, y de los ministros que ayudaron á bien caer á D. Amadeo? ¿Qué hará que pueda salvar á España en estos supremos instantes? Caer, y pronto, y será lo mejor que le pueda suceder á él y á la patria.

Y paso á otro asunto, capaz de hacer reír á los muertos.

El hombre por quien tanta sangre española se ha derramado; el ambicioso político para sostener cuyo poder se sacaban quintas hace un mes y se imponían pesados tributos á los pueblos; el soldado discolo, tan nulo para gobernar como hábil para cabeza de motin; Serrano, en una palabra, el reconocido de Europa por dueño y señor de los españoles, llegó á Bayona en tal guisa, que no le reconociera la madre que le parió, cuanto más el famoso reconecedor Bismark. Disfrazado esta vez de zagal de diligencia, como antaño había venido vestido de cocinero, completamente afeitado para que nadie le reconociese en el camino, y trayendo una gorra de pelo, escapó de sus dominios ese bizarro capitán general en un coche diligencia, acompañado de sus tres ayudantes de campo, por Huesca, Canfranc y línea de Pau, apenas pudo asomar la más leve sombra de peligro para su augusta persona.

La gente de Bayona recordaba el mes de Abril de 1873, cuando, á consecuencia de la algarada de la plaza de toros de Madrid, llegó embarcado de parecida manera, con chaqueton y patillas postizas, en compañía del embajador de Inglaterra en Madrid, cuyo cocinero figuraba ser, y huyendo igualmente del peligro. Y todo el mundo se preguntaba si el oficio de soberano revolucionario, general libertador y salvador de la patria, reconocido por Europa, consiste en poner fuego á la villa y huir de la quema, en poseer como los payasos de comedia una colección de pelucas, barbas postizas, trajes y sombreros más ó menos ridículos, y en plantárselos á sazón para desempeñar su papel.

El duque, así afeitado, como un torero ó un cómico de la legua, está tan desconocido y tan raro, que cuantos le ven lanzan la carcajada, sin poderlo remediar. ¡Verdaderamente es cosa de reír! Su Alteza, no habiendo traído consigo más que lo puesto, á consecuencia de la prisa con que venía, apenas llegado mandó que le hiciesen tres trajes en la *Ville de Bayonne*. Se alojó en casa de Mad. Ardoin.

El diagnóstico de Serrano acerca de la suerte de Pamplona es, al decir de las personas íntimas que se lo han oído, el siguiente:

—«Verdad es que yo no he podido pasar á Pamplona; pero tampoco el niño pasará.»

Eso creo yo también, y ¡ay de él si no pasa!

Se cita aquí el nombre de un personaje alfonsino que, en medio de la ceguedad y contento de los suyos, ha tenido el mérito de decir á doña Isabel por telé-

grafo que el alfonsismo nace muerto, y que ha triunfado de la única manera para no vivir mucho tiempo. Completamente conformes.

SECCION DE NOTICIAS.

Ya tarde, hemos recibido el notable documento en que S. M. el Rey dirige de nuevo su voz á los españoles.

La premura del tiempo nos impide dedicar algunas reflexiones al elevado escrito, que sin duda ninguna debe causar profunda impresion, no solo en España, sino tambien en el extranjero.

Las disidencias surgidas en el campo alfonsino apenas proclamado su candidato, comienzan á hacerse patentes para el público. La gloria del pronunciamiento, que los unionistas querian atribuir á Primo de Rivera y Jovellar, la ha reivindicado toda entera para sí el conde de Valmaseda y Martínez Campos, de quien parece quieren hacer los moderados otro nuevo Narvaez. Aconsejado sin duda por estos, ha exigido de *La Correspondencia de España* la publicacion del siguiente suelto, que es una enérgica rectificacion á noticias dadas por este y otros periódicos.

Dice así:

«Con informes fidedignos debemos hacer más público de lo que ya es un rasgo de nobleza y rectitud de carácter del dignísimo general Martínez Campos.

«Al contestar en el andén del ferro-carril á las felicitaciones que se le dirigian por los que á nombre del gran número de sus admiradores le tributaban merecidos elogios por su bizarra conducta, no vaciló el general en manifestar que habia procedido de acuerdo únicamente con el ilustre conde de Valmaseda y con elementos preparados por este jefe mientras el mismo general Villate procedia á efectuar en otro distrito la proclamacion de D. Alfonso XII con otros elementos, tambien aprontados por él.

«Manifestó igualmente que á la pronta y feliz realizacion de la empresa contribuyeron el animoso brigadier Daban y el decidido coronel Aragon, que sin embargo de creerse solos para seguirle, no titubearon en llenar los que eran del mismo modo sus ardientes deseos.

«Este rasgo de justicia del general Martínez Campos para con el noble conde, su amigo y compañero, con quien viene trabajando desde hace tiempo, ambos sin desmayar un momento, en pro de la causa del rey, es propio de su carácter.»

Martínez Campos ha marchado á Cataluña, de cuyo ejército ha tomado el mando, y no sería extraño que si las cosas en Madrid no van á su gusto, se vuelva á pronunciar para derribar á Cánovas, como derribó á Serrano.

Situaciones que dependen de la voluntad de un general, poca estabilidad ofrecen.

Los periódicos alfonsinos, y especialmente *La Epoca*, dirigen acerbas censuras al eminentísimo Cardenal Arzobispo de Valencia, porque aquel Prelado negó el permiso para que en la Catedral se cantase un *Te Deum* por la proclamacion de D. Alfonso.

Segun la *Gaceta*, las fuerzas Reales de Cataluña habian atacado á Cervera y Balaguer.

Anteanoche llegó de la línea á esta villa el tercer batallón de Guipúzcoa, y hoy domingo se celebrará con toda pompa la bendicion y entrega de la preciosa bandera que le han regalado varias señoras de Tolosa.

Los cambios de situacion significan siempre para los revolucionarios la misma cosa; esto es, asaltar el presupuesto; y tal debe haber sido el número de zánganos que han acudido á la nueva colmena, que *El Eco de España*, genuino representante de los moderados puros, ó sea de los desheredados del año 68, temeroso sin duda de que el turrón no alcance para todos sus amigos, pone al frente de su número las siguientes advertencias:

«1.º No recibiremos más visitas que las de aquellas personas que nos han visitado en estos últimos seis años, que como han sido pocas y de verdaderos amigos, nos agradan y no nos revientan.

«2.º Solo contestaremos á las personas con quienes hemos estado en correspondencia activa en estos últimos seis años, y pierde el tiempo lastimosamente el que se quiera imponer por su osadía.

«Así como el gobierno pide la cédula de vecindad á todo el que presenta instancia en reclamacion de algun derecho, así nosotros pediremos la faja que acredite haber sido suscriptor á *El Eco de España*. Muchos de los que ahora se llaman alfonsinos nos han negado su contestacion y sus 10 rs. Nosotros les negaremos hoy la nuestra.

«Como procedemos en todo con sistema, cumpliremos y realizaremos el nuestro.

«Al gobierno debemos aconsejarle que adopte tambien un plan, y se quitará muchos quebraderos de cabeza.»

El general alfonsino Quesada ha sido nombrado jefe del ejército enemigo del Centro en sustitucion de Jovellar.

El Correo vascongado, periódico alfonsino que dejó de publicarse en Bilbao, ha reaparecido en aquella villa, publicando un suplemento bastante plagado de disparates, entre los cuales no es el menor el de que, á la hora en que el papel se publicaba, se habia entregado al enemigo con numerosas fuerzas un importante jefe carlista del Centro, y que esperaba lo mismo de otras provincias no tan lejanas como las de aquel territorio.

Este sistema infame que han inaugurado los astutos y pérfidos enemigos que hoy tenemos enfrente, será en esta ocasion tan ineficaz como en otras ocasiones; pero además servirá para avivar el entusiasmo de nuestros generales, jefes y voluntarios, que arden en deseos de vencer y exterminar á esas hordas revolucionarias que en nada se diferencian de las anteriores, sino en su mayor debilidad, en su más notoria impotencia.

Todos los periódicos republicanos de Madrid, y algunos radicales, han sido suprimidos.

Los radicales y republicanos suprimieron los periódicos carlistas; conque, quedamos en paz.

El Sr. Topete, que fué á presentarse al nuevo ministro de Marina en Madrid, señor marqués de Molins, no consiguió verle ni una sola vez.

El Sr. Topete habrá recibido este bofetón con la mayor frescura.

El duque de Montpensier ha comido con D. Alfonso en París.

Estómago necesitan el uno y el otro.

Segun telegramas que anteaer recibimos de Durango, en la festividad de los santos Reyes S. M. recibió numerosas y calurosísimas felicitaciones de todas las autoridades militares, civiles y eclesiásticas de estas provincias y de las del interior de España, renovando su adhesion entusiasta á la causa del Rey legítimo con motivo de la proclamacion de D. Alfonso, que todos consideran como el último y desesperado esfuerzo de la revolucion agonizante.

El día 7, ya tarde, entró S. M. en Durango, de vuelta de su expedicion á los pueblos de la costa, Guernica, Lekeitio, Ondárroa, Motrico y Deva, donde S. M. ha sido aclamado con doble entusiasmo, protestando los pueblos de esta manera contra el joven usurpador de Madrid. En todas partes ha recibido muchos testimonios y juramentos de adhesion y lealtad á su Augusta Persona y á su santa bandera.

Tres príncipes de la casa de Borbon acompañaban á S. M. en su visita á la costa.

Los diarios de Madrid apenas hablan de otra cosa que de los preparativos oficiales para recibir á don Alfonso.

Como es de presumir, las damas de la aristocracia alfonsina se proponen echar el resto en la presente ocasion para deslumbrar á algunos cándidos.

Pero el pueblo en todas partes mudo y sombrío, como si contemplase los preparativos de un entierro.

Las fuerzas Reales del Centro están aprovechando el desconcierto de las autoridades liberales, produ-

cido por los últimos acontecimientos. Algunas de ellas han estado en Cheste, poblacion importante de la provincia de Valencia, de donde sacaron bastante dinero, armas y caballos. La brigada Vallés se hallaba en Chelva, y Gamundi con su division en Mosqueruela.

En la provincia de Soria dicen los periódicos de Madrid que han aparecido fuerzas carlistas. No fijan el número.

En Benavarre (Huesca) entró uno de estos últimos días una partida. La noticia procede del mismo origen.

Fuerzas legitimistas de las que operan á las órdenes del brigadier Gamundi estuvieron en Albarraicin requisando caballos.

Un diario alfonsino publica el siguiente despacho telegráfico, en el que creemos no se dice todo:

«Alcañiz 30.—Las operaciones de la guerra en suspenso, y los carlistas aprovechando esta especie de tregua para organizarse y armarse.

«Gamundi anda por Cast-Illote; Boet, que es ahora el jefe de influencia en las filas carlistas, se dice que partió para Flix, con objeto de armar su gente con los cuatro mil fusiles que se supone ha mandado Savalls.»

Dos noticiones que se completan:

Doña Isabel no vá á España, porque no la quieren los que quieren á su hijo para sombra de Rey.

Montpensier saldrá próximamente de París para España, segun aseguran los diarios de aquella capital.

Cain II, el duelista y asesino de D. Enrique, ¿será el Mentor del nuevo monarca?

Ha caído el ministerio francés.

Todavía no se sabe qué gabinete se formará, si bien se cree que estarán á su cabeza el duque de Broglie, Fourton y Magne.

La condesa de Girgenti acompañará á su hermano Alfonso á España.

A esta princesa la llaman todavía los alfonsinos la *Cucaracha*. Sabido es el poco respeto de estas gentes hácia la Monarquía, que solo proclaman por hacer su negocio.

Un nuevo mensaje del mariscal Mac-Mahon ha sido leído el día 6 en la Cámara francesa. Este documento recomienda á los diputados que se empiece en seguida la discusion de las leyes constitucionales, y antes que ninguna la ley que restablece el Senado.

Moriones ha sido uno de los que más instaron á Serrano para correr á Valencia con doce batallones y ahogar el motin alfonsino.

Todo estaba dispuesto para embear las tropas, cuando Moriones recibió contraórden. Sagasta, en una agarrada tremenda con Primo de Rivera, que le exigia abandonar el poder porque iba á secundar el motin, gritó y pateó mucho; mas hubo de ceder á la fuerza bruta. Serrano, sin energia, ni valor, ni nada, no hizo más que afeitarse para escapar mejor.

Moriones hará ahora lo posible por congraciarse con la gente del niño, para seguir cobrando la paga de general. Es lo único que le queda que hacer, hasta que haya ocasion de sublevarse.

Ya le han pagado los alfonsinos á Martínez Campos el precio de su traicion. El grado de teniente general, más algunas cruces y dinero que luego le darán.

Con el tiempo los generales revoltosos ó revolucionarios harán publicar en *La Correspondencia* anuncios por este estilo: *Se hacen sublevaciones y se derriban gobiernos á precios económicos y el grado inmediato*, por uno de nuestros primeros generales.

Se admiten consultas grátiis, y se dan más explicaciones. Dirigirse á tales señas.